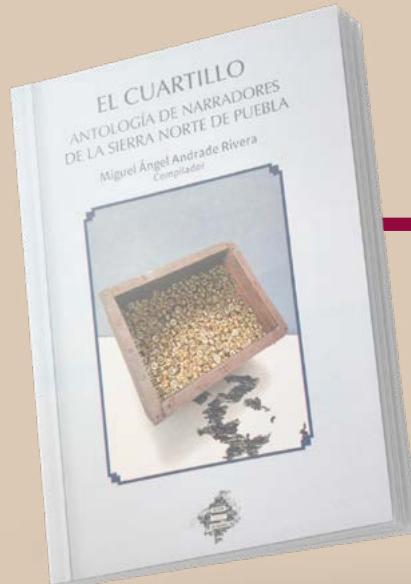


EL CUARTILLO⁸

Antología de Narradores de la Sierra Norte de Puebla



Noemí Garrido, Juan Manuel García Castillo, Edson Lechuga, Antonio Madrid, Audberto Trinidad Solís y Miguel Ángel Andrade. Patoltecoya, 2020. Foto MAR

En esta entrega

presentamos el relato titulado *El cuartillo* de Juan Manuel García Castillo. Como un maestro del cuento costumbrista Juan Manuel nos narra la antigua historia del amor platónico que sufre Luis en un pueblo donde la neblina se cuelga de los tejados de las casas de mampostería. En ese marco Luis descubre a una muchacha que peina sus trenzas en un balcón, mientras la mente vuela y nos enreda los hilos del pensamiento. Luis se hace piloto pero nunca deja de soñar con la muchacha de las trenzas. Un día, unos desconocidos le propinan al protagonista una brutal golpiza que lo deja medio loco. Luis ha salido de Luis. La madre entiende que su hijo se quedó en el vuelo. De regreso al pueblo, ahí van Luis y su madre, tomados de la mano por las calles empedradas de Pahuatlán, con la mano libre el muchacho va enrasando en el aire los cuartillos de maíz vendidos en el mercado...

Miguel Ángel Andrade Rivera



El cuartillo



JUAN MANUEL GARCÍA CASTILLO

Pahuatlán, Puebla (1950). Autodidacta, amante de la música y la poesía. Laboró mucho tiempo en el INMECAFÉ. Productor de café y comerciante en artículos para oxigenación y soldadora. Sus primeros relatos están publicados en Andares 2010.

Juan Manuel García

La plaza principal de Pahuatlán es un lugar donde la magia se entretiene tejiendo efluvios. Es como un espejo que refleja la vida diaria del pueblo. Punto donde convergen ilusiones, y hamacas donde se mecen los sueños.

Es tianguis dominical, tribuna política, cancha deportiva, escenario cultural, pasarela social. Paso obligado para sus habitantes y cruce hacia los lugares más concurridos del poblado. Esa plaza es como la madre del pueblo. Corazón y nervio del pueblo.

Como toda buena madre, se levanta primero y se duerme al último. Aplaudir o desaprueba el manejo de los asuntos políticos. Tiembla cuando sus hijos dirimen sus diferencias con violencia. Se desvela bailando huapangos. Le agrada los fuegos pirotécnicos.

Calla en las noches de lluvia, cuando entre la oscuridad una mujer blanca de largos cabelllos baja de las calles altas y se desliza rumbo al jardín. Tranquila, se sienta en la orilla de la fuente, se acaricia el pelo y después se pierde camino abajo sobre la empinada calle empedrada buscando algo que nunca se encontrara.

La plaza que en los viernes de agosto amanece colmada de montones de cacahuetes y los sábados luce colgantes sus pedazos de carne de res.

La plaza y los millares de soldaditos que marchan incansables cuando llueve.

La plaza y su alegría del tianguis dominical que pretende tapar el sol con sus remedios multicolores. La plaza y sus portales que conocen tantas y tantas historias. Guardan misterios, saben de negocios de comida, de intrigas, de amores furtivos y de muerte.

Los portales son samaritanos pueblerinos. Brindan cobijo a los caminantes, hospedajes a



los que temen andar de noche y ofrecen lecho a los que nada tienen. Son el sombrero que atenta el bochorno en los calorones de primavera. Manga y manteado que protege de los aguaceros y la canícula. Cotón que regala calor en pleno invierno.

Los portales son también sueños asustados con café en la madrugada, moscas que sestean en un garabato con cecina al medio día y endulzan la vida con atoles de cacahuate, con sabor a nostalgia por las noches.

Los portales con fantasías que duermen en un camastro de pan, sus recuerdos y mágicas leyendas como la de Luis.

Tenía once años cuando llegó con su madre a Pahuatlán. Llevaban su vida como única pertenencia. Conflictos familiares de grueso calibre apuntaron hacia sus cabezas. Los malos aires los escupieron para salvarlos de la violencia desatada en un pueblo de la sierra hidalguense. Allá donde la ley de la retrocarga puede más que la ley a secas.

Para su madre y él, Pahuatlán se presenta como un remanso de paz entre la corriente brava que parece ahogarlos. Es oportunidad de olvido de tantas pesadillas. Por fin, pueden dormir bien, sin riesgo de ser levantados en la madrugada.

En Pahuatlán hallaron el cobijo de un pueblo respetado en la sierra, donde podían vivir

y trabajar. Aquí conoció Luis los grandes vehículos automotores, que según él hacen más ruido y polvazón que cien mulas en estampida. Aquí vio de cerca los focos encendidos y descubrió unos aparatos que cantan metiendo unas monedas en su hendidura.

Se preguntaba una y otra vez, cómo hacían esos pilares flacos, como patas de gallo, para aguantar otras casas arriba, con balcones ventanas y muchísimas tejas.

Sólo ellos saben cuánto sufrieron. Taciturnos, siempre caminando juntos, madre e hijo. Un pariente de su recién fallecido padre les dio refugio en una modesta cuartería, que también hacía de mesón.

Un portal da fe de las primeras actividades mercantiles de esta pareja. De la sierra llegaban sus parientes y conocidos, con mulas cargadas de maíz criollo que ellos vendían bajo el portal ganando una comisión.

Tiempo después ya compraban el grano. Al término de la cosecha en la sierra, adquirían productos de la región “aribeña.” Así, durante todo el año hacía la compraventa del grano bendito.

Muy temprano llegan a la plaza. Luis cargando un cotencio bien doblado sobre su espalda, a manera de bastón arrastra una escoba; ella, con su mandil y una bolsa de manta en las manos.



Mientras su madre barre un pequeño cuadro del piso y junta la basura acumulada, Luis ya está arriba de los bultos, descosiendo su trompa, listos para ser vaciados. Después extiende el cotencio en la parte barrida.

Acto seguido, coloca una especie de cajón con cuatro patas, dos altas y dos más bajas que hacen un pronunciado declive; esa especie de resbaladilla tiene en medio un tamiz de tela de alambre y en el fondo un cuadro cerrado donde se acumula el tamo y el polvillo que deja el maíz que pase por la criba purgadora de impurezas.

Una palangana, que se introduce en la boca del costal abierto, va sacando el grano limpio, listo para venderse. Al caer, el maíz va formando un pequeño montículo sobre el cotencio, cuyos bordes son levantados con costales vacíos enrollados.

Cientos de cuartillos vendidos y costales que se vacían a diario. Con el paso de los años, las manos de Luis y su madre adquieren una destreza extraordinaria para el manejo del cuartillo, esa antigua unidad de medida. El dorso de la mano se envuelve mañoso a la hora de enrasar, de canto, la medida de maíz. Si el vendedor quiere, casi sin que el comprador lo vea, despacha escaso. Su habilidad le permite cobrar 20 cuartillos y medir apenas 19. No es robo, dice alguien, es la ganancia.



CIENTOS DE CUARTILLOS VENDIDOS Y COSTALES QUE SE VACÍAN A DIARIO. CON EL PASO DE LOS AÑOS, LAS MANOS DE LUIS Y SU MADRE ADQUIEREN UNA DESTREZA EXTRAORDINARIA PARA EL MANEJO DEL CUARTILLO, ESA ANTIGUA UNIDAD DE MEDIDA.

Al término de la venta diaria, llega la hora de rejuntar el maíz, sobrante, envasarlo en el costal, recoger pedazos de oplete, polvillo y tamo. Acomodar los bultos en estiba, recargarlos contra el pilar, amarrarlos en derredor con un lazo y encima de la estiba colocar la zaranda.

Regresan a casa con la espalda adolorida de tanto agacharse, pero en el fondo de bolsa de manta van los billetes y las monedas de la venta.

Teodora es la imagen viva de la Virgen de Dolores. Su rostro para siempre remarcado por el rictus del sufrimiento. Sus manos pegadas al pecho en actitud suplicante. A manera de velo, un rebozo cubre su cabeza. Los calcañales de sus pies descalzos muestran unas profundas grietas.

Un vestido de confección sencilla oculta bajo un delantal en que se desprenden dos grandes bolsas rematadas con bies. Dentro de las bolsas se acumulan pedazos del lazo, un peine, un pañuelo ajado y prieto de mugre, monedas, billetes arrugados y un tramo de cañizo donde guarda agujas de arrea.

Teodora tenía legítimo orgullo de ser la madre de Luis, un chamaco con cabellera en forma de piña, nariz aquileña, descalzo, flaco y feo como una urraca tierna. Era vivaracho y tenía dos pasiones: vender maíz y escuchar canciones en un viejo radio. Le agradaba memorizar la letra y después cantarlas, no tan mal, dicen quienes lo oyeron.

Aquel pájaro relamido ya había emplumado y quería aprender a volar para dejar el nido. Lo tenían obsesionado aquellas aves de acero que ocasionalmente atravesaban el cielo serrano.

Como todos los niños, tenía un sueño: quería ser paracaidista, subirse a un avión y mirar los cerros y los ríos desde un paracaídas.

Es peligroso, le advertía su madre. Dicen que, al car de sopetón con los tacones, se lastima el cerebro. Y qué tal si se cae el avión. Para cada pretexto de su madre, Luis tenía una respuesta.

En el pecho de Teodora punzaba el puñal del sufrimiento. Su corazón de madre afligida se llenaba de angustia. Sabía que con o sin autorización, su unigénito se saldría con la suya y optó por dejar el asunto en paz.

Su único hijo, su ayudante, su compañero, decidió irse a volar y lo cumplió.

A los 20 años todo puede pasar. El mundo se hace chico, el cielo se hace corto. La vida entra por los ojos. Se ríe, se canta, se ama. Pero todo sería felicidad si no existieran esas criaturas, hijas de Dios padre llamadas mujeres, decía Luis Villegas, soldado del batallón de paracaidistas, con base en Santa Lucía, Estado de México.

Pelo corto, casi a rape, ceño fruncido, quijada enjuta. El ejercicio diario le había marcado todos los músculos de su cuerpo. Una voz que con monosílabos afirma o niega. Aún vestido de civil, su porte delata una formación militar.

TEODORA TENÍA LEGÍTIMO ORGULLO DE SER LA MADRE DE LUIS, UN CHAMACO CON CABELLERA EN FORMA DE PIÑA, NARIZ AQUILEÑA, DESCALZO, FLACO Y FEO COMO UNA URRACA TIerna. ERA VIVARACHO Y TENÍA DOS PASIONES: VENDER MAÍZ Y ESCUCHAR CANCIONES EN UN VIEJO RADIO.

Varias cicatrices en rostro y cabeza muestran la dura existencia de su dueño.

Quería volar y lo hacía continuamente. El aire le llenaba la nariz y le salía por las orejas. Los cachetes se le hacían guangos. Para él, estar en el aire es la sensación pura de estar vivo. Disfruta el peligro de aventarse al vacío, jalar en tiempo la cuerda para recibir el golpe que indica la apertura del paracaídas. Contemplar las montañas y llanuras desde el viaje pendular. Tocar tierra bien, porque en cada lance la vida va en juego.

Lejos de Santa Lucía, en Pahuatlán, sola con su cotencio y su cuartillo, Teodora sigue su vida, vendiendo y comprando maíz. Sufriendo la vida de su hijo.

Cada año, Luis regresa y retoma con poco entusiasmo la venta del grano. Conserva su gusto por el canto. Ahora llaman su atención otras cosas. Entre ellas, las muchachas y las se-renatas. En una de sus visitas, su madre cayó

enferma; los años hacían mella en aquel diminuto cuerpo. El militar atendió la venta de maíz y todo marchaba a la perfección.

Una tarde, mientras levantaba el puesto, siente que alguien lo vigila, discreto, pasea la mirada y se topa, en el portal de enfrente, con una figura femenina que, mientras lo observa, reposa en un balcón lleno de flores y jaulas de pájaro. Eran ojos de una mujer, atraída por el cuerpo atlético del recién llegado vendedor. Siente la mirada femenina como una caricia distraída, ella dirige la vista hacia el tejado, lleno de pichones.

Luis descubrió una piel blanca, una hermosa caballera ondulada que reposa sobre los hombros de su dueña. Un par de arracadas le dan un aire de gitana. Toma la escoba, el cotencio y la bolsa de manta. Atraviesa la plaza y enfila rumbo a su hogar. Siente que algo le provoca comezón en la espalda. El polvo del maíz se le atora en la garganta.





La muchacha en el balcón. Ilustración de Lenia Paulina Gómez Zurita

**TEODORA YA REGRESA
A SU COSTUMBRE DEL
PORTAL. LUIS, HECHO
UN HOMBRE, CAMINA
POR DELANTE. SU VISTA,
COMO QUERIENDO
LLEGAR AL CIELO, BUSCA
ALTURAS. ALGUIEN,
ENTRE LAS FLORES DEL
BALCÓN, ALIMENTA
Y PONE AGUA A LOS
PÁJAROS ENJAULADOS...**

Este día el regreso a casa se le hizo eterno. Estaba acostumbrado a cargar bultos sobre su espalda, pero no miradas.

Algo raro olió Teodora el día que su hijo se bañó muy temprano, al tiempo que entonaba su canción favorita. “Cuando mi niño canta, algo piensa. Eso yo lo conozco.”

Tan lejos de ti, / me voy a morir /tan lejos de ti, / no puedo vivir.

Entré a esa taberna, / tan llena de copas / queriendo olvidar, pero ni las copas, / señor tabernero, / me hacen olvidar...

Las actividades en el puesto de maíz transcurren normales. Hay días con buena venta, en otros, de aburrirse, sentados sobre un bulto. Hay que estar al pie del cañón, atentos a asustar a los cerdos sueltos y a los pichones que en parvada aguardan un descuido para lanzarse voraces sobre el monto de grano. Con frecuencia, la mirada de Luis busca la altura del balcón, siempre lleno de pájaros y flores.

Otra vez, llegada la tarde y la hora de levantar la vendimia. Todo está doblado, acomodado, barrido y bien atado. Todo, menos él. Algo tibio le recorre la espalda. Es aquella mirada que, distraída e indiferente, baja hasta donde está él. Recoge sus cosas y toma camino a su casa entonando su canción.

Me salgo a la calle, / buscando un consuelo, / buscando un amor.

Pero es imposible, / mi fe es hoja seca, / que mató el dolor.

El rostro de Luis refleja alegría y entusiasmo por estar en la venta de maíz. Los días pasan corriendo. Su madre se restableció pronto. Ya era tiempo de regresar a su base de trabajo. La felicidad dura tan poco.

Teodora ya regresa a su costumbre del portal. Luis, hecho un hombre, camina por delante. Su vista, como queriendo llegar al cielo, busca alturas. Alguien, entre las flores del balcón, alimenta y pone agua a los pájaros enjaulados. Sus arracadas brillan con el saludo del sol. Dos miradas se encuentran a media plaza. Dos miradas silenciosas que ni siquiera dicen buenos días. Son, a fin de cuentas, dos miradas.

Ya que es imposible/ dejar de quererla. / Señor tabernero, sírvame otra copa / que quiero olvidar.

Esa mañana, algún trasnochado hacía sonar la sinfonola bajo el portal. Contra su voluntad, Luis tomó su maleta. El deber lo llama para seguir volando. Teodora, la madre del eterno sufrimiento, queda sola otra vez.

Muchas miradas sin ningún mensaje, piensa el paracaidista que va canturreando.

Si acaso, mis ojos, / llenos de tristeza, / pudieran llorar/
pero es que mi vida, / yo nunca he llorado /
por ningún amor...

Vuelto a la disciplina, combina el trabajo extenuante de la milicia con sus recuerdos. Escasamente piensa en su madre. Su memoria aletea junto a los pájaros del balcón colgado en la parte alta del portal Juárez. En su pensamiento brilla el sol que remacha en un par de aretes redondos.

Para quien vuela pensando en el amor, un suspiro es instante y eternidad. Es recuerdo o es olvido.

Ese año pasó muy rápido. Duró lo que tardan los pichones en levantar el maíz quebrado que se acumula durante el tianguis dominical.

Dio vueltas el tiempo como un disco de aquella vieja sinfonola del portal, que se entretiene mandando mensaje de desamor.

Ya que es imposible, / dejar de quererla / señor tabernero, / sírvame otra copa, / que quiero brindar

Luis y sus fantasías; nuevamente está bajo el portal, entonando sus canciones. A Teodora le molestan los arranques de su hijo. "Muchacho de porra, ya cállate, por Dios. Parece que estás loco". A contrapelo del regaño, el paracaidista eleva más la voz y canta.

No quiero buscarte/ni espero que lo hagas /
pues ya para qué.

Se acabó el romance, /mataste una vida, / se
acabó el amor.

El tedio del mediodía contagia la mordorria. La somnolencia hace dormitar a quien busca la protección del portal. Luis mira hacia el vergel hecho balcón.

Cuando baja el bochorno, cientos de urracas empiezan a posarse en las copas de los grandes árboles del jardín central. Las parvadas arman una escandalera, como otro aviso para concluir la venta y retirarse del lugar.

Al hombre sólo le falta la bendición de una mirada. Al menos, una mirada, como dijera el poeta. Una mirada que sirva de aliante para el día siguiente. Una mirada, una obsesión, que se anuda al cuello como dogal. Obsesión sin nombre. Acaso una quimera. Algo inalcanzable. Un amor imaginario para sufrir y seguir cantando.

Entre presencias fugaces y largas ausencias que se comieron más de diez años, Luis regresó al pueblo para quedarse.

El rostro refleja los estragos de una cruenta lucha interior. Su alma y su cuerpo fueron maltratados por desconocidos. Una noche, allá en Santa Lucía, sin deberla ni temerla resultó herido en su cabeza. Perdió los dientes incisivos. Una abertura en la ceja dejó una cicatriz como recuerdo.

LUIS Y SUS
FANTASÍAS;
NUEVAMENTE ESTÁ
BAJO EL PORTAL,
ENTONANDO
SUS CANCIONES.
A TEODORA LE
MOLESTAN LOS
ARRANQUES DE SU
HIJO. "MUCHACHO
DE PORRA, YA
CÁLLATE, POR
DIOS. PARECE QUE
ESTÁS LOCO". A
CONTRAPELO
DEL REGAÑO, EL
PARACAIIDISTA
ELEVA MÁS LA VOZ Y
CANTA.



Partesanía hecha con papel amate. Foto original de Juanscott - Trabajo propio, CC BY-SA 4.0. <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=76681268>



La policía. Ilustración de Chema Skandal. Tomada del cuento La trampa, de Rogelio Guedea. FCE.

Dado por muerto, su cuerpo fue abandonado. Alguien avisó a su madre. Pero durante un mes permaneció inconsciente. En el debate entre la vida y la muerte, dejó en prenda la luz de su cerebro. Tenía la mirada fija, puesta en ninguna parte. Sus ojos proyectan melancolía, angustia y odio.

Luis se ha salido fuera de Luis. Ambos se buscan. Uno cantando en voz alta sus canciones por todo el portal. El otro se entretiene contando, una a una, las baldosas de cantera. Después cuenta las vigas del entresuelo, sigue con los pilares y termina con los arcos. Enumera en voz alta y pronuncia los dígitos como si estuviera vendiendo maíz.

Teodora vive con la angustia de ver cómo su hijo se quedó en el vuelo, atorado, como un papalote con los hilos de su cabeza hechos cacas. Unas veces esta obediente, cargando y vaciando bultos, sentado sobre un costal, mirando hacia el balcón lleno de flores y pájaros saltando la jaula. Otras, anda repeliendo, imaginarios ataques, lanzando golpes y mentadas de madre a diestra y siniestra. Un hijo de la chingada se quedó en su mente como disco rayado de sinfonía. Agobiado, lastimado, después de lanzar sus golpes, levanta los brazos para defenderse de imaginarias agresiones a la cabeza.

La presencia de Luis molesta algunas buenas conciencias. Alguien importante del gobierno municipal, enfadado por los desvaríos, pide la in-

tervención de la policía para retirarlo del portal.

El comandante y seis empistolados más, afanosos en quedar bien con su amo, acataron su deseo como una orden y con fuerza arremetieron contra él.

El recuerdo se agolpó en su memoria y lo hizo reaccionar fieramente. Las imágenes violentas de su niñez y la noche de la golpiza en Santa Lucía nublaron sus ojos. Entre forcejeo y jalones, fue sometido por los policías. A punta de insultos, culatazos y puntapiés lo arrastraron del portal a la cárcel.

Teodora iba llorando atrás de la brutalidad de la ley. Imploraba misericordia para el cuerpo de su hijo, "llévenselo, pero por favor no le peguen". En el encierro, la golpiza se hizo carnicería. Su madre seguía implorando piedad. "Por favor, ya no le peguen, no sean abusivos". Alguien ordenó: "ya estuvo, ya déjenlo".

Tras las rejas, Luis queda temblando. Llora como un niño. La sangre le mana de la cabeza, nariz y boca. Queda sin zapatos y con la ropa rasgada. Raspado de codos y rodillas. Los cuajones de sangre se atascan en su nariz, salen y caen sobre el dorso desnudo. De su boca tumefacta brotan gruesos y sedosos hilos de baba roja que se clavan en polvo del piso. Luis era la viva imagen de un Santo Cristo.

Permanece encerrado muchos días. Por esas heridas le sale la última gota de cordura. Las heridas del cuerpo se hicieron costras que le estiraron los golpes del alma.

Luis salió de la cárcel, pero ya nunca recuperó su libertad. Hecho un guiñapo, acompaña a su madre al puesto de maíz. Se recarga sobre los bultos, con los brazos cruzados tras la nuca y la vista perdida. Su rostro cambia con sus pensamientos. Suele ser sereno, hosco, taciturno, fiero.

De cinco a seis de la tarde, su cerebro se llena de luz. Lo inunda una inmensa paz. Una sensación agradable le escurre por la comisura de los ojos y su boca dibuja una sonrisa tierna. Mira hacia el balcón donde se vislumbra a la mujer de piel blanca y aretes dorados. Estático espera que suceda algo que sólo él sabe que es. Algo que flota en su memoria. Como si de su pecho saliera una solicitud de redención, que por segundos aparece en sus pupilas. Obtenida su recompensa, se encierra en sí mismo para disfrutarla. Baja la cortina que lo conecta con el mundo, cierra los ojos y aprieta las manos, que lucen unas uñas enormes.

Quería cantar, pero su madre se lo impide. "Ya no cantes que no ves que a los señores de la ley no le gusta." Sonríe y se queda quieto, susurrando su canción.

Me salgo a la calle / buscando un consuelo / buscando un amor;
pero es imposible / mi fe es hoja seca / qué mató el dolor.

**TEODORA IBA
LLORANDO ATRÁS DE
LA BRUTALIDAD DE
LA LEY. IMPLORABA
MISERICORDIA PARA
EL CUERPO DE SU
HIJO, "LLÉVENSELO,
PERO POR FAVOR NO
LE PEGUEN".**

Papel amate de Pahuatlán. Foto: EsImagen



Tan lejos de ti, / me voy a morir
Tan lejos de ti, / no puedo vivir.



El tiempo y las estaciones se apilan y se vuelven años. El tamo del maíz se pega para siempre en las trenzas de Teodora. Los cuadros de la zanarda se quedan retratados en los ojos de Luis.

Esa es su cárcel de la que siempre sale cantando. Huye del encierro físico. Se pierde por semanas. Se aleja del pueblo. Su madre lo busca por todos lados. A veces pierde la esperanza de hallarlo. El día menos pensado regresa. Sonríe, llora, canta. Las escapadas son más continuas y las ausencias se prolongan cada vez más. La última dura años.

Teodora vive angustiada, esperando el regreso del hijo perdido. Sus manos artríticas sostienen con dificultad el cuartillo para medir maíz. Sentada sobre los costales, añora a su

unigénito. Llora su ausencia día y noche.

Aquella mujer que muestra su belleza en el balcón también emigra. Se marchitan las flores y las jaulas de los pájaros desaparecen; Luis ya nunca regresó. Sentada sobre la costanera, Teodora murió esperando a su hijo. Al lado, descansa su otro compañero de muchos años, la medida del maíz, el cuartillo de madera...

Por las noches, cuando todos duermen, una pareja atraviesa la plaza rumbo a los portales. Mientras Teodora tiende el contencio, Luis, con el cuartillo en la mano, mira hacia el solitario balcón, entonando su canción:

Tan lejos de ti, / me voy a morir
Tan lejos de ti, / no puedo vivir.